

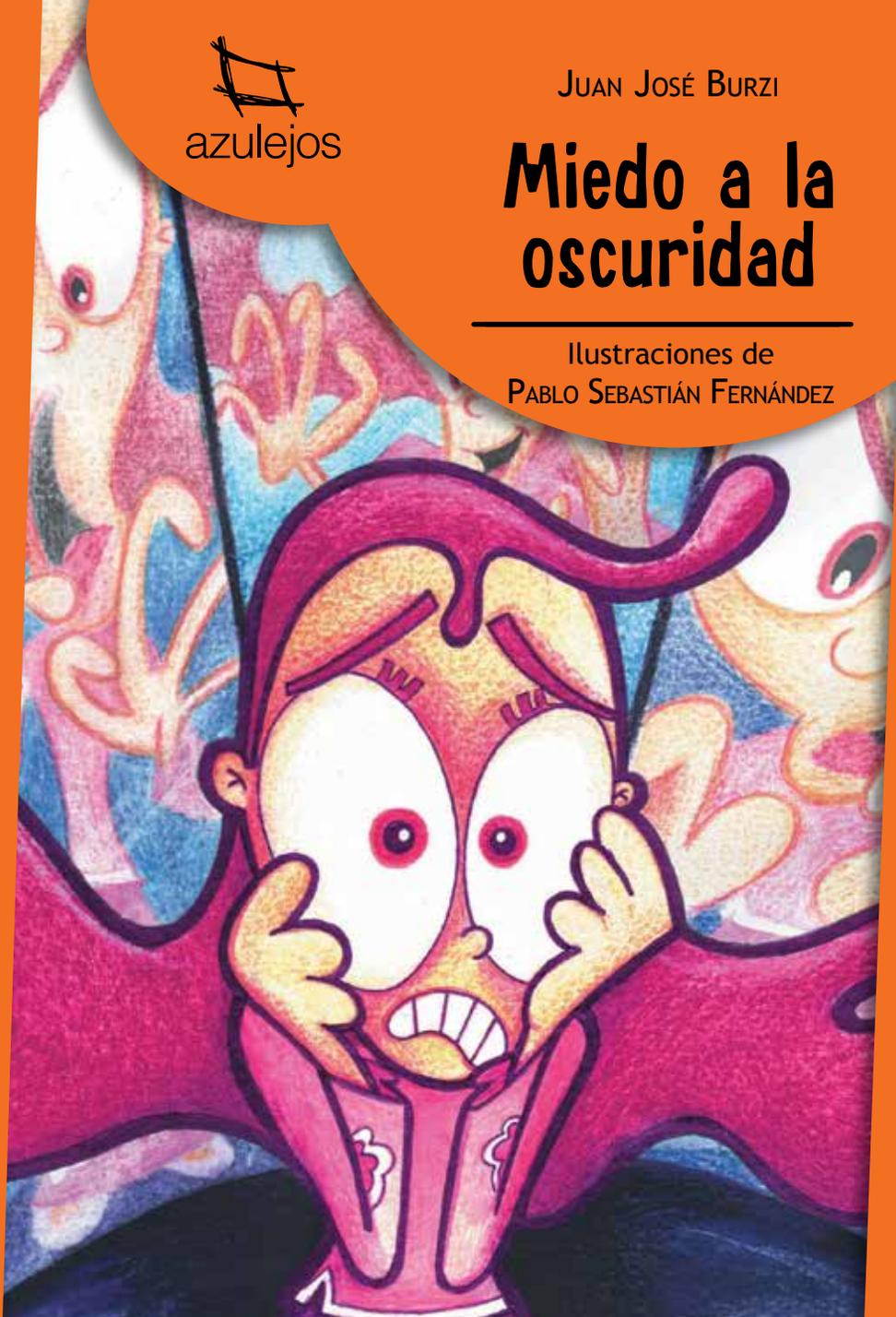


azulejos

JUAN JOSÉ BURZI

Miedo a la oscuridad

Ilustraciones de
PABLO SEBASTIÁN FERNÁNDEZ



Miedo a la oscuridad

Y otros cuentos espeluznantes

Juan José Burzi

ILUSTRACIONES
DE PABLO SEBASTIÁN FERNÁNDEZ

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autora de secciones especiales: Gabriela Comte
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Burzi, Juan José
Miedo a la oscuridad / Juan José Burzi ; ilustrado por Pablo Sebastián Fernández. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2018.
80 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Naranja ; 13)

ISBN 978-950-01-2302-0

1. Literatura. I. Fernández, Pablo Sebastián, ilus. II. Título.
CDD A863



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

13

© Editorial Estrada S. A., 2005
Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.editorialestrada.com.ar
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.
ISBN 978-950-01-2302-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

El autor y la obra	5
Biografía	6
¿A qué le tenemos miedo?	7
Relatos que ponen los "pelos de punta"	8
La obra	
Laberinto de espejos	9
Realidad virtual	19
Algo debajo de la cama	27
El cuadro	35
Vampiros	43
Los martes	51
Miedo a la oscuridad	57
Carnaval siniestro	65

Actividades	73
Actividades para comprender la lectura	74
Actividades de producción de escritura	76
Actividades para relacionar con otras disciplinas ...	78



**El autor
y la obra**

BIO- GRAFÍA



JUAN JOSÉ BURZI nació en 1976 y, desde entonces, vive en Lanús, provincia de Buenos Aires.

Es profesor de inglés y da clases en varios colegios de la zona sur del Gran Buenos Aires.

Escribe cuentos desde los doce años. Algunos fueron publicados en diferentes revistas literarias, y también en antologías.

Junto con algunos amigos y colegas, forma un grupo literario, que se reúne para leer los textos que escribe cada uno de sus integrantes. A veces, también se invita a escritores conocidos para que participen en esas reuniones.

Sus autores preferidos son, entre otros, Edgar Allan Poe, Julio Cortázar, Abelardo Castillo y Jorge Luis Borges.

Escribe también cuentos para adultos. Se desempeña como traductor y corrector literario.



¿A qué le tenemos miedo?

“Espeluznante”, según el diccionario, significa: “que causa terror, espanta, eriza el pelo o las plumas, provoca pavor”.

¿Qué cosas nos resultan espeluznantes? La lista puede ser interminable: les tenemos miedo a los vampiros, a los hombres lobo, a los monstruos, a la oscuridad, a algunos insectos, a ciertos reptiles, a quedarnos encerrados... Casi siempre, lo que nos produce escalofríos es lo distinto, lo desconocido, lo que no podemos comprender, lo que tiene reglas de juego diferentes de las que manejamos todos los días. Porque esas cosas, además, nos hacen temer por nuestro mundo y nuestras vidas.

Los cuentos de este libro presentan varios de estos temas. Hay relatos donde se producen transformaciones que sorprenden al protagonista y también al lector. Otras historias rinden homenaje a los grandes clásicos del género: los vampiros, los monstruos y los fantasmas. Y algunas hasta nos enfrentan a los temores que sentimos frente a la tecnología, que está tan presente en la vida moderna.



Relatos que ponen los “pelos de punta”

En el cine, en la televisión, en las revistas y en los libros, disfrutamos de las historias que nos causan miedo. O de los personajes que sienten miedo en ellas.

El gusto que sentimos por los relatos terroríficos tiene una larga tradición. Las primeras historias de sustos se transmitieron oralmente de generación en generación. La gente las contaba y, a medida que las contaba, las iba transformando, agregando y sacando datos, episodios y personajes. Luego, algunos autores empezaron a escribirlas. Y así fue como aparecieron novelas que hicieron las delicias de muchas generaciones, y también hicieron poner los “pelos de punta” a sus lectores. ¿Quién no escuchó hablar de *Frankenstein*, la novela que publicó la autora inglesa Mary Shelley en 1817, o de Drácula, el terrorífico vampiro que dio a conocer el escritor irlandés Bram Stoker en 1897?

Es innegable que, en cualquier época y en cualquier lugar, los relatos de vampiros, de fantasmas, de lobisones, de seres extraños, de apariciones, o de transformaciones peligrosas, atraen y entusiasman a los lectores de todas las edades.

Laberinto de espejos

En los espejos se reflejan las imágenes. A veces, nos gusta lo que el espejo nos muestra. Otras veces, no. Entrar en un laberinto de espejos puede convertirse en un riesgo, porque tal vez veamos cosas que nunca quisimos ver.

El problema con los laberintos es que es muy fácil entrar en ellos, pero no resulta tan fácil salir. Si tienen dudas, entérense de lo que le pasó a la protagonista de este cuento...

Laberinto de espejos

El parque de diversiones “Wonderland” era su obsesión. Desde que habían anunciado su inauguración, Sandra no había dejado de pensar en ese lugar. Sus padres le habían prometido llevarla, pero no el primer día. El lugar iba a estar repleto de gente y no se iba a poder caminar.

Así, pasó el primer día. Sandra solo tenía en mente ir al parque. Le habían hablado de todos los juegos y las atracciones que habría allí: la vuelta al mundo, los autitos chocadores, la calesita de varios pisos, y muchísimos más. Todos la atraían, pero la razón por la cual quería ir a “Wonderland” era un entretenimiento en especial: el laberinto de espejos.

Tiempo atrás, una escena le había quedado grabada. En una película, había visto cómo el protagonista entraba en un laberinto de espejos y aparecían cientos de imágenes iguales a él. La idea de verse reflejada múltiples veces la entusiasmaba.

Es que no había nada en el mundo que a Sandra le gustara más que mirarse en el espejo. O en los vidrios de los negocios cuando caminaba por la calle, o en el agua de la zanja, o en lo que fuera que reflejara su propia imagen. Lo importante para Sandra era, ante todo, mirarse. No solo se sentía la más bella de todas. Se deleitaba en comprobarlo cada vez que aparecía alguna oportunidad en la que pudiera admirar su belleza.

Por supuesto, todos los chicos en el colegio estaban enamorados de ella. Pero a Sandra ninguno le parecía lo suficientemente lindo como para que fuese su novio.

No era extraño, entonces, que sus compañeras la envidiaran. Ella lo sabía: no había una sola que no le tuviera envidia, por más que dijera ser su mejor amiga.

Una vez, alguien —y no recordaba quién ni cuándo, ya que eso no era importante porque debía ser otro envidioso— le había dicho que ella se creía más linda de lo que en realidad era. Pero ella no le hizo caso.

A una sola crítica le prestó atención. Susana, una de sus compañeras de curso, le había comentado algo que la había hecho pensar: que lo importante no era lo de “afuera”, sino lo de “adentro”. Y que ella, Sandra, por “adentro” era muy fea. Sandra estaba segura de que lo más importante era lo de

“afuera”. Y punto. En eso, ella era la mejor. Y rápidamente se olvidó de las palabras de Susana.

Tanto insistió Sandra con su pedido de ir a “Wonderland” que, finalmente, el día llegó. Sandra se puso su mejor vestido y tardó mucho tiempo en peinarse. Se miró en el espejo de su cuarto y se admiró más que nunca. Cada vez que se miraba estaba más linda.

Además, estaba feliz. En el parque, subió a la calesita y también a los autitos chocadores, aunque enseguida se bajó. Se dio cuenta de que, al chocar con otros autitos, su peinado podía deshacerse. Después de eso, inmediatamente, quiso ir al laberinto de espejos.

El señor que vendía las entradas en la puerta llevaba puesta una galera negra y un frac. Sandra se preguntó si no tendría calor.

—Hola, belleza —dijo el hombre, cuando Sandra estuvo frente a él—, veo que llegó la hora de que conozcas el laberinto encantado.

Sandra le sonrió falsamente. No sabía por qué, pero ese hombre no le caía bien. Tal vez fuera por la forma de hablar. Parecía salido de una película antigua, de esas que estaban filmadas en blanco y negro.

—Si vas a pasar sola, tenés que tener cuidado y no perderte... Son muchas las chicas y son muchos los chicos que entraron aquí y nunca pudieron salir —agregó el hombre. Y terminó la frase con una sonora carcajada.

A pesar de saber que era un chiste, por un momento Sandra tuvo miedo. Pensó que tal vez podría haber entrado con su papá. Pero ella ya tenía doce años y no quería que nadie pensara que era una “nenita”.

Le pagó al hombre de la galera y se metió inmediatamente en el pasillo que comunicaba con el laberinto.

El lugar era silencioso y estaba en penumbras. Sandra caminaba lentamente, con cuidado, cuando vio a otra chica que se acercaba a ella. Pensó que, seguramente, era alguien que se había desorientado y quería volver sobre sus pasos, hasta la entrada del laberinto. Pero, a medida que avanzaba, Sandra descubrió que no era otra chica. Era su reflejo en uno de los espejos. ¡Así que de eso se trataba el laberinto! Era fácil confundirse. Sandra miró a su izquierda y vio muchas otras Sandras, todas con el mismo vestido rosa estampado con flores rojas. Miró a su derecha y también vio muchas Sandras, algunas de perfil, otras de frente, y hasta algunas de espaldas. Ella nunca se había visto de espaldas.

Eran fantásticas las combinaciones que se podían lograr con tantos espejos.

Casi inconscientemente, extendió las manos y siguió caminando hacia adelante. Temía chocar con un vidrio sin darse cuenta.

Le hubiera gustado tener ese juego en su casa. Así podría descubrir si tenía una arruga en la parte de atrás del vestido, o si el peinado le quedaba bien mirándose de perfil o por detrás. El laberinto de espejos era maravilloso. Y extenso. Ella había perdido la cuenta de cuánto tiempo hacía que se encontraba dando vueltas, pero estaba segura de que hacía un buen rato que había entrado.

De pronto, se dio cuenta de que estaba frente a una especie de callejón sin salida. Delante de ella tenía muchas Sandras, pero ya no veía un pasillo por donde seguir caminando. Giró para volver por donde había llegado, pero solo vio más espejos. Se dijo que no debía asustarse. Sabía que el efecto visual que producían tantos espejos era ese: el de tener la sensación de estar encerrada.

Le pareció que una de las Sandras reflejadas la saludaba con una mano. Pero no. Otra Sandra se estiraba y se estiraba hasta ser tan ancha como todo el espejo. Otra, por el

contrario, fue alargándose hasta quedar muy flaquita. Eran espejos de reflejo deformante, se dijo Sandra. Ella no era ni tan gorda ni tan flaca. Tampoco había saludado.

—Hola, ahora sos una de nosotras —le dijo una voz y Sandra trató de identificar de dónde venía.

—¿Quién habla? —preguntó Sandra.

Una Sandra, igualita a ella, se inclinó un poco. ¡Qué raro! Ella, que era la Sandra real, de la que provenían todas esas imágenes, no se había inclinado. Los reflejos no podían tener movimientos propios.

—Ahora soy yo la que está libre. Y vos te vas a quedar acá adentro para siempre. Te gusta tanto ver tu propia imagen, que tu deseo se volvió realidad —dijo el reflejo-Sandra.

Sandra buscó una salida, pero solamente vio muchos espejos y muchas imágenes suyas distorsionadas. Algunas tenían la cabeza más grande que el cuerpo, otras eran muy petisitas. En algunas, los brazos se extendían hasta el piso, como si fueran tiras de plastilina. En otras, las piernas eran largas, como si estuvieran sobre zancos gigantescos, y el torso quedaba desproporcionado y ridículo. Eran grotescas y se multiplicaban. Parecían imágenes de una pesadilla.

—Esto no es gracioso. ¡Quiero salir!



Mientras gritaba sin poder encontrar una salida, Sandra vio cómo el único reflejo que en ese momento era igual a ella daba media vuelta y se iba caminando tranquilamente, con toda seguridad, por un pasillo. Cuando Sandra quiso llegar allí, se topó con otro espejo. Desde el lugar en el que estaba vio cómo el reflejo llegaba a la salida del laberinto, abrazaba a su papá y le pedía que la llevara a comer un helado.

Ella, la Sandra real, se sentó en el suelo. Sintió que estaba rodeada de mucha fealdad, y se puso a llorar.

Miedo a la oscuridad

Juan José Burzi

Casi siempre, lo que nos produce escalofríos es lo distinto, lo desconocido, lo que no podemos comprender o explicar, porque tiene reglas de juego diferentes de las que manejamos todos los días. En este libro van a encontrar ocho historias escalofriantes que les pondrán los “pelos de punta”.

Cód. 46607

ISBN 978-950-01-2302-0



9 789500 123020 >



macmillan
education



estrada

Seguimos haciendo historia